



Circolare del Superiore Generale

SOCIETA DI MARIA - MARIANISTI

CIRCULAR N° 9

TESTIMONIANDO LA ESPERANZA QUE HAY EN NOSOTROS

Rev. David Joseph Fleming, S.M.
Superior General de la Compañía de María,
Misionero Apostólico

Roma, 12 de Septiembre del 2002
Festividad del Santo Nombre de María

CIRCULAR N° 9
12 Septiembre, 2002
Festividad del Santo Nombre de María

Dad culto al Señor, Cristo, en vuestros corazones, siempre dispuestos a dar respuesta a todo el que os pida razón de vuestra esperanza.
(I Pedro 3:15)

Queridos Hermanos:

A lo largo del año transcurrido desde el último Capítulo General los miembros del Consejo General hemos iniciado una nueva serie de visitas a las distintas Unidades de la Compañía de María. Este año hemos estado presentes en todos los continentes en los que los marianistas viven y trabajan, en Provincias y Regiones tan diversas como Zaragoza y Corea, en Costa de Marfil, en cinco Unidades de Sudamérica, y en la nueva Provincia de los Estados Unidos.

Hemos compartido con muchos marianistas su horror tras los traumáticos acontecimientos del 11 de septiembre en los Estados Unidos, su tristeza ante la guerra en Afganistán y ante la violencia en Oriente Medio, en Colombia y en tantos otros lugares, su consternación ante el auge del fundamentalismo y el racismo, su aflicción por los escándalos eclesiásticos.

En todas partes vemos marianistas reflexionando sobre la virtud teológica de la esperanza, contemplando el mundo que les rodea con una mezcla de optimismo y de desaliento.

Como todos los seres humanos, miramos naturalmente hacia el futuro. Esta exploración de los futuros probables o posibles puede ser una respuesta a la gracia que provoque en nosotros una fidelidad creativa, ayudándonos a reconocer las “nuevas cosas” que el Señor está haciendo entre nosotros (tal como el Capítulo General nos recordaba) y reforzando nuestra fe en la plenitud de la vida eterna.

Pero proyectar el futuro puede significar infidelidad y obstáculos al crecimiento si nos dejamos llevar por una falsa confianza o por una satisfacción excesiva por nuestros logros humanos, o si nos inmovilizan el temor y el desaliento.

Sea cual sea nuestra situación concreta, siempre estamos llamados a reconocer que Dios está trabajando en nuestra experiencia, invitándonos a poner toda nuestra confianza en Él.

En esta circular me gustaría reflexionar acerca de la esperanza que tenemos en la actualidad. Empezaré por compartir algunas impresiones sobre el ánimo que encontramos en distintos lugares de la Compañía de María, después sugeriré algunas actitudes espirituales que me parecen particularmente importantes en este momento y, por último, propondré un posible futuro que podría ayudarnos a todos a avanzar en la esperanza.

Distintos estados de ánimo en el mundo marianista

Aunque vivimos en una “aldea global” y sabemos los unos de los otros más que nunca antes, el estado de ánimo de los religiosos marianistas difiere drásticamente según los contextos culturales.

En diversos países, *la vida marianista no está más que comenzando*, saliendo a la luz. Tiene toda la incertidumbre y la aventura de los comienzos, llena de esperanza pero sin demasiada certeza sobre el tipo de futuro que le espera. Este es el caso de nuestras nuevas fundaciones de Europa del Este; de los proyectos en Guatemala y Bangladesh; de los esfuerzos, aún en fase de planificación, en Cuba, China y Filipinas; y de dos fundaciones, Brasil y Méjico, que ahora parecen ir pasando a una etapa de crecimiento. Entre 40 y 50 marianistas viven en estas situaciones de nacimiento en todo el mundo.

En otros países, en algunas fundaciones relativamente recientes, la vida religiosa marianista está en un *período de expansión y de creatividad*, caracterizado por un número importante de jóvenes religiosos locales que crecen en experiencia, y por un número de misioneros extranjeros fundadores en disminución. Los miembros de estas recientes fundaciones a menudo sienten una cierta fragilidad, pero se ven animados por un panorama vocacional saludable y por la oportunidad de emprender nuevos apostolados. En ocasiones sienten que las circunstancias les están forzando a pasar rápidamente a la acción, sin toda la preparación que desearían. En este grupo se encuentran aproximadamente 250 religiosos en Unidades como Colombia-Ecuador, India, Corea, África Oriental, Togo, y Congo-Costa de Marfil.

Alguna Unidad aislada de la Compañía está viviendo un *momento de solidez de la edad adulta*, caracterizado por religiosos experimentados y activos que mantienen una vigorosa misión. Sin embargo, el mayor número de nuestros religiosos – más de un millar – viven en Unidades caracterizadas por un *declive numérico y una población cuya media de edad aumenta*. Existen muchas nuevas iniciativas y vitalidad dentro de estas Unidades, que siguen ofreciendo a muchas personas un servicio apostólico muy apreciado. Pero una gran parte de sus miembros experimentan una angustiada inseguridad con respecto al futuro.

Las reacciones al envejecimiento y al menor número de miembros tienden a seguir un modelo de pasos sucesivos. La psicóloga americana Elizabeth Kübler-Ross ha dedicado su vida a investigar este tema, y ha identificado cinco fases:

1. *Negación*: Al principio, la gente tiende a ignorar las dificultades, y sigue actuando como si nada estuviese cambiando. Algunos de nosotros puede que hayamos reaccionado así en el pasado, pero hoy en día casi ningún marianista en esta situación deja de sentir y de reconocer la existencia de una crisis.

2. *Enfado*: El segundo paso es la búsqueda de un culpable, alegando con enfado que la culpa ha de recaer en alguna persona o institución. Nosotros podríamos culpar al Concilio Vaticano II, a la incoherencia de las autoridades eclesiales, a los inadecuados programas de formación, a la negligencia de ciertos superiores, etc. Afortunadamente, no creo que ninguna Unidad de la Compañía se caracterice actualmente en su conjunto por un ambiente de este tipo de recriminación y polarización.

3. *Negociación*: Un tercer paso, mucho más positivo, consiste en poner en práctica algunas medidas contundentes para aliviar el problema. Muchas Provincias y Regiones intentan “negociar” con sus crisis vocacionales para mantener los apostolados mediante programas de

reestructuración y renovación, mediante la colaboración con los laicos y mediante programas encaminados a inculcar el carisma marianista entre sus colegas. Estos esfuerzos son importantes y necesarios, y parecen estar gozando de un gran éxito. El florecimiento de muchas instituciones educativas con la identidad y el estilo marianistas, a pesar del pequeño número de religiosos con el que cuentan, es un ejemplo. La creación de nuevos apostolados entre los pobres, es otro. El importante crecimiento de las Comunidades Laicas Marianistas y el desarrollo de un fuerte sentimiento de compartir con los demás el carisma del Padre Chaminade a través de la Familia Marianista es otro ejemplo de los esfuerzos para responder con creatividad a esta situación.

4. Aún así, un buen número de marianistas vive con un cierto grado de *depresión*. A pesar de todos nuestros esfuerzos, en muchos casos no logramos superar la crisis de las vocaciones, ni experimentar un rejuvenecimiento o un crecimiento en el número de miembros. Entonces corremos el riesgo de caer en el cinismo y en la fatiga, de aferrarnos a nuestras pequeñas seguridades, de perder el contacto con los jóvenes, o de desconfiar de todo lo nuevo (cf. *Enviados por el Espíritu*, 18h-i). Los recientes escándalos de abusos sexuales en la Iglesia han agudizado un sentimiento de desaliento entre muchos: ¿cómo es posible que algunos clérigos y religiosos hayan llevado nuestro compromiso a un descrédito tal? ¿Podremos recuperar la credibilidad? Puede que nos sintamos acosados por el temor ante el futuro. Nos preguntamos qué nos tiene preparado el Señor y nos tienta el pesimismo.

5. A pesar de todo esto, muchos religiosos que viven en situaciones objetivas de envejecimiento y de declive numérico, han pasado a un nivel positivo de *aceptación* y *esperanza*. Viven con creatividad y con fe en el momento actual, con un buen nivel de satisfacción y energía. Incluso a una edad en la que podrían razonablemente pensar en la jubilación, muchos de nuestros hermanos adoptan nuevas estrategias y encuentran una nueva inspiración en programas de renovación espiritual, reestructuración y misión compartida. Confían en Dios y dan testimonio de una fuerte esperanza.

Os invito a cada uno de vosotros a meditar acerca de vuestra situación personal y la de vuestra Unidad marianista. Entre estos distintos estados de ánimo y grados de esperanza, ¿dónde os situáis cada uno de vosotros y dónde se sitúa vuestra Unidad? Sería bueno que las comunidades y las Unidades reflexionasen conjuntamente sobre esta cuestión.

Elementos de una Espiritualidad para los Religiosos Marianistas de Hoy

Sea cual sea la situación en la que vivís, sean cuales sean vuestros sentimientos acerca de esta situación, me gustaría recomendar cuatro actitudes que me parecen cruciales para todos nosotros, individual y colectivamente, para fomentar en estos momentos una espiritualidad de esperanza.

1. En primer lugar, es importante *vivir en el presente*. Nosotros, los religiosos marianistas, a veces no sabemos vivir con la gracia del momento actual.

Los que están en situaciones de expansión a veces tienen la tentación de ir demasiado de prisa, de saltarse pasos de crecimiento necesarios, o, por el contrario, de retener ciertos avances por temor a las posibles dificultades.

Los que se encuentran en situaciones de declive numérico pueden añorar el pasado,

intentando recrear, artificialmente, el jovial *esprit de corps* que experimentaban en las grandes y homogéneas comunidades de hace cuarenta años, para restablecer los estilos y las prácticas de aquellos tiempos.

Otros, en cualquier situación, se dejan consumir por las preocupaciones respecto al futuro, se retuercen las manos con nerviosismo, pero sin ningún proyecto concreto para corregir las deficiencias y construir sobre los puntos fuertes.

Cuando sucumbimos ante cualquiera de estas tentaciones, terminamos sintiéndonos frustrados y, a menudo, inmovilizados. Estas tentaciones nos alejan de las realidades y posibilidades que Dios ha puesto en nuestras manos.

La realidad es que el Señor nos ha dado a cada uno de nosotros las gracias y los retos de este tiempo y no de ningún otro. En Su Providencia, Dios nos ha situado aquí y ahora, y nos ha dado una cierta co-responsabilidad junto a Él en nuestro momento específico. Por mucho que rememoremos los innegables atractivos del pasado o ansiemos algún modelo nuevo y claro para el futuro, estos dones no se nos han dado. Sea cual haya sido nuestro pasado, sea cual sea nuestra visión del futuro, ahora se nos llama a responder a la gracia de este momento en concreto.

El Padre Chaminade no era ningún jovencito cuando regresó a Francia en 1800, y sistemáticamente llevó a cabo un trabajo creativo y duradero hasta una edad muy avanzada. Vio cómo sus fundaciones crecían y prosperaban rápidamente, pero en su dirección supo combinar la valentía y la prudencia. Anhelaba revivir lo que para él había sido la fe vibrante de una era pasada, pero a pesar de su avanzada edad, en ningún momento cayó en la tentación de dar marcha atrás al reloj. Tenía una visión bastante pesimista respecto a su tiempo y a los probables resultados futuros, pero es para nosotros un ejemplo de un hombre que supo cómo construir con fe y con creatividad, utilizando las gracias y las oportunidades de su momento. Ante las muchas personas que le consultaban como director espiritual, él irradiaba un espíritu de fe en la Providencia y una envidiable serenidad. No permitió que ninguna visión de la historia le inmovilizase. Se dispuso a trabajar con creatividad para responder a la gracia, “y toda la gracia”, a las oportunidades y retos de cada momento.

Los marianistas han seguido desarrollando su obra a lo largo de los años. Nunca comenzamos a partir de cero. Heredamos y continuamos los esfuerzos de los que nos han precedido y nos han dado un modelo de compromiso y fidelidad. Con su legado y con las gracias que el Señor nos da hoy, intentamos responder a las nuevas necesidades misioneras de este momento, con discernimiento y creatividad. A su vez, los marianistas que vengan detrás de nosotros se beneficiarán de nuestra experiencia y de nuestro compromiso a la hora de hacer frente a las necesidades del futuro.

Pero nuestro reto es simplemente el de estar plenamente presentes aquí y ahora. Estar plenamente presentes significa salir al encuentro de nuestros tiempos con pasión y esperanza, con energía y con una actitud misionera. El momento y el lugar actuales son los que Dios ha asignado a nuestra tarea, y deberíamos amarlos, admirar sus dones y sus fortalezas, luchar contra sus defectos y sus debilidades.

Los que viven en el presente disfrutan de serenidad y seguridad. Ni minimizan ni exageran su papel o su capacidad para influir en la marcha de la historia o en la vida de la Familia Marianista y de la Iglesia. Saben que Dios no les exige éxitos, sino fidelidad creativa. Aceptan el mundo que les rodea tal y como es, con sus potenciales y sus limitaciones, sus

esplendores y sus miserias. Admiran la bondad de Dios que es capaz de vencer tantos defectos, y encuentran dicha y satisfacción haciendo las cosas lo mejor que pueden. Están deseosos de enfrentarse al mundo de hoy en proyectos misioneros creativos. Son flexibles y se adaptan a lo imprevisto. Se sienten en paz cuando dejan el resto en manos de Dios.

2. Una *actitud contemplativa*, una inclinación a reflexionar y a discernir, es esencial para nosotros en la actualidad. La contemplación y el discernimiento son siempre necesarios en la vida cristiana, pero más aún cuando nos enfrentamos a situaciones nuevas y perturbadoras. A lo largo de toda su vida, el Padre Chaminade, que también vivió en tiempos de incertidumbre y de cambios, buscó lentamente a través de la oración lo que él denominaba “las indicaciones de la Providencia”.

Para cultivar esta actitud contemplativa, tenemos que prestar una atención especial a los “cinco silencios” de los que hablan las enseñanzas del P.Chaminade. En nuestro mundo moderno, estamos tan bombardeados por el ruido y por la información, tan sometidos a constantes mensajes del exterior, que nos es difícil asumir una actitud contemplativa sosegada y profunda que pueda discernir auténticamente los signos de nuestros tiempos.

La contemplación marianista tiene una dimensión esencial de comunidad. Estamos llamados a caminar al lado de otros, a reflexionar, a orar, a discernir junto a ellos al tiempo que intentamos ser fieles a la vocación y a la misión que compartimos. Nuestra reflexión y nuestro discernimiento deberían realizarse en comunión con el resto de la Familia Marianista y con todo el Pueblo de Dios.

Si conseguimos alcanzar el silencio interior y una actitud contemplativa, comenzaremos a reconocer cómo, una y otra vez, Dios nos sorprende, como individuos y como comunidades. Con frecuencia Él frustra nuestros cálculos, nuestros pronósticos, nuestras expectativas, nuestros sueños y planes. Con frecuencia crea nueva vida donde menos lo esperamos. En otras ocasiones, Él nos muestra que nuestros intentos por planificar y controlar son vanos. Con demasiada facilidad, todos corremos el riesgo de dejar que nuestra visión limitada sea la que guíe nuestras evaluaciones y acciones, confiando en nosotros mismos más que en la Providencia. Como una comunidad orante, llamada a “ver cómo actúa Dios en la historia de los hombres y en los acontecimientos de nuestra vida diaria” (*Regla de Vida*, art. 4), necesitamos orar sobre lo que nos está sucediendo, dialogar para conocer las percepciones de los demás, someter nuestras reacciones y nuestros estados de ánimo a la luz que emana de la revelación de Dios, dejar que Él cure lo que pueda haber de rebelde o resentido en nuestros corazones.

3. A medida que crecemos y evolucionamos en un mundo rápidamente cambiante, también necesitamos *colaborar con otros en la misión*, ser constructores de puentes con personas que vienen de otra condición social, de otras culturas y experiencias. Necesitamos creer que podemos aprender de los demás.

Atrás quedan los días del apostolado individual, cuando se trabajaba de un modo exclusivo, indiscutible, idiosincrásico, sin consultar o colaborar con los demás. Este estilo, aunque común, nunca fue el ideal marianista. Compartir y trabajar en equipo con los demás es un elemento clave de nuestro tiempo. A pesar de nuestro penetrante individualismo, precisamente con el fin de contrarrestarlo, más que nunca, tenemos la posibilidad y la necesidad de asociarnos para el bien de la misión.

La disposición para colaborar requiere espiritualidad, incluso ascetismo. Implica disponibilidad para el bien común, escucha paciente, capacidad de diálogo, sentido de la humildad, desapego de nuestras propias ideas y preferencias, disposición para aprender y, frecuentemente, la libertad para dejar a los demás hacer las cosas a su modo. Las virtudes de la preparación, purificación y consumación predicadas por el Padre Chaminade ablandan nuestros corazones para que estemos dispuestos a trabajar con los demás en lugar de dominarlos.

4. Tal y como el Capítulo General nos dijo, necesitamos interiorizar las *actitudes de María*. Estas actitudes ciertamente incluyen los tres puntos que acabo de mencionar.

En mi última Circular, intenté esbozar algunos rasgos del “Modelo Mariano de Iglesia” que yo creo que forma parte de nuestra contribución característica como Familia Marianista. Muchos de vosotros me habéis enviado reflexiones e ideas creativas sobre este tema. Vuelvo a él ahora por el interés que ha despertado, y porque creo que es especialmente oportuno hacerlo.

¿Cuáles son las actitudes de María? A partir de las sugerencias que he recibido de marianistas de todo el mundo, aquí ofrezco una breve lista de algunas actitudes que parecen pertinentes para nosotros hoy en día.

- capacidad de diálogo y de escucha activa, tan características de la Virgen atenta que escuchó la sorprendente palabra del Señor, se rindió con gusto a sus inescrutables designios y dejó que se realizaran en ella, aún sin conocer los detalles (la Anunciación: Lucas 1, 26-38).
- una actitud contemplativa y reflexiva (ver Lucas 2, 19 y 2,52).
- el respeto a los dones únicos de cada persona, aceptando su ritmo particular de crecimiento, respondiendo a las necesidades de cada momento (los años de crecimiento y de maduración personal de Jesús: Lucas 2, 40-52; Caná: Juan 2, 1-12; la Iglesia en sus inicios: Hechos 1, 14). Hoy en día podríamos decir que María fue una formadora, una educadora que supo adaptarse a las necesidades reales y a las fases en evolución en la vida de su Hijo, de sus discípulos, y de la comunidad que Él fundó.
- la colaboración con los demás, respondiendo a sus necesidades (la Visitación: Lucas 1, 39-56; Caná: Juan 2, 1-12), compartiendo su misión (Pentecostés: Hechos 1, 14).
- una actitud de confianza y de esperanza, sin dejarse abatir por las difíciles circunstancias (soledad e incomprensión durante su embarazo: Lucas 1:38; pobreza y preocupación tras el nacimiento de Jesús: Lucas 2:1-7; sufrimiento en la misión: Lucas 2, 35; aceptación de malentendidos y de un papel secundario, cuando Jesús se perdió en el Templo y nuevamente cuando comenzó su vida pública: Lucas 2, 48 y Marcos 3:31-35; presencia fiel al pie de la Cruz: Juan 19, 25-27)
- la solidaridad con los pobres y los desamparados, sabiendo estar junto a los demás y ofrecer una presencia amorosa incluso en momentos de gran sufrimiento (el Magníficat: Lucas 1, 46-55; al pie de la cruz: Juan 19, 25-27).

Una Iglesia o una Familia Marianista que viva el Evangelio al estilo de María será una comunidad dinámica de amor, servicio, libertad, esperanza y compasión.

Sabr  estar presente ante los demás en sus alegrías y esperanzas, en sus penas y angustias; será un pueblo del Magn ficat (cf. *Enviados por el Espíritu*, 26), una Iglesia servidora con un dinamismo misionero.

Como una buena madre o educadora, alimentar  la nueva vida, se regocijar  en el lento y laborioso proceso del crecimiento humano, se contentar  con “sembrar y no recoger”, “no rechazar como malo lo que no es absolutamente bueno” (*Constituciones* de 1839, arts. 261-262).

Fomentar  la creatividad, reconociendo que siempre tiene algo más que aprender, mirando con confianza hacia el futuro y hacia la promesa pascual de nueva vida del Señor.

Será una Iglesia y una Familia sencilla y cercana a los pobres, intentando servirles siempre.

Cuando ejerza la autoridad que le ha dado el Señor, intentar  servir en lugar de dominar, fomentando la comunión entre los hombres, buscando la unidad pero no la uniformidad, y evitando los cultos personales.

No pretender  tener todas las respuestas, sino que se unirá a otros en la búsqueda de lo que es justo y verdadero. Sabr  confiar en Dios y no pensar  que tiene que soportar en soledad todos los problemas que le rodean. De este modo evitar  colocar cargas imposibles sobre sí misma o sobre otros.

Acoger  con gusto las diferencias humanas y la variedad de dones complementarios de los hombres.

Reconocer  la dignidad igual de todos ante los ojos de Dios, invitando a todos a compartir la fraternidad de los seguidores de Jesús.

Será una Iglesia o una Familia que ora y tiene esperanza, que está abierta al Espíritu y tiene fe en la inspiración del Espíritu.

Vivir  el espíritu de comunión con amor y unidad, en un espíritu de participación.

Comprendida de este modo, la figura de María, a cuya misión hemos consagrado nuestras vidas, claramente nos motiva a tomar una postura en nuestra vida colectiva y eclesial que puede regenerar nuestra Iglesia y el mundo de hoy en día.

Un futuro posible

Me gustará ahondar un poco más en el esfuerzo por dar un “motivo para nuestra esperanza”. Después de reflexionar sobre los distintos estados de ánimo que nos caracterizan y sobre la espiritualidad que necesitamos para estos tiempos, voy a atreverme a esbozar lo que me parece será un futuro probable para nosotros, una nueva forma de vida marianista que está evolucionando, más rápidamente en algunos lugares, más lentamente en otros. Creo que esta nueva forma de vida marianista tiene la capacidad de alimentar nuestra esperanza y mantener con fuerza nuestro dinamismo misionero durante muchos años.

Estoy convencido de que el carisma marianista florecerá, centrando los esfuerzos de muchos cristianos y ofreciendo una espiritualidad misionera que los sostenga como apóstoles en muchos contextos, viejos y nuevos, tanto en Europa Occidental, Estados Unidos y Japón, como en muchas fundaciones más recientes. Naturalmente, adoptará grandes variaciones locales de acuerdo con la cultura y el espíritu de cada grupo.

Este esperanzador futuro marianista va inextricablemente unido al desarrollo de la innovación más original del P. Chaminade: la Familia Marianista. Tal y como vimos con ocasión de su beatificación, su idea de una Familia espiritual en la que exista una gran diversidad es muy atractiva en la Iglesia de nuestro nuevo milenio.

Podemos crecer en el futuro precisamente como una Familia, en múltiples contextos culturales y eclesiales distintos en todo el mundo, integrando a personas de distinta condición, de distintas culturas y educación, en torno a un compromiso común para ser misioneros de María.

No sé cuántos religiosos y religiosas tendremos en el futuro. Sospecho que su número va a seguir dependiendo en gran parte de las circunstancias eclesiales y sociales de cada área cultural. Su presencia siempre será esencial, pero la continuación y la vitalidad del carisma del P. Chaminade no dependerá exclusivamente de ellos.

Desde hace tiempo está claro que la espiritualidad marianista ofrece un sólido apoyo y estímulo a los cristianos laicos. Esta espiritualidad también está llevando cada vez a un mayor número de seglares a tomar decisiones arriesgadas y a hacer sacrificios por el cumplimiento de la misión. Las Comunidades Laicas Marianistas son más que simples grupos de cristianos devotos con quienes los religiosos nos reunimos para compartir la espiritualidad que nos motiva. Esta espiritualidad sigue siendo fundamental e indispensable, pero también conduce a la misión. El dinamismo misionero de la Familia ya no recae exclusivamente sobre los religiosos, sino que cada vez más lo comparten activamente todas las ramas.

Ya estamos comenzando a ver los resultados del dinámico potencial misionero de la Familia Marianista. Los misioneros marianistas seglares están involucrados en muchos campos de la educación y de la asistencia social.

Cientos de marianistas laicos toman parte activa en la catequesis, a todos los niveles, y en la educación cristiana – especialidades que en el pasado prácticamente se limitaban a los religiosos y a las religiosas marianistas -Frecuentemente hoy en día marianistas laicos asumen papeles de dirección en estos apostolados y muestran una profunda percepción y un genuino compromiso con la encarnación de nuestro carisma, manteniendo el estilo y la presencia marianistas, y extendiéndolo a nuevas áreas.

Un número importante de marianistas laicos está comprometido desinteresadamente en la pastoral con los pobres, en programas rurales que combinan evangelización y desarrollo, o en servicios sociales para los marginados en entornos urbanos.

Otros están involucrados en ministerios más directamente espirituales, dirigiendo grupos de oración y de espiritualidad, coordinando la pastoral de los jóvenes y de los ancianos, animando santuarios y centros para el estudio y la oración.

En la mayoría de los casos, estos marianistas seglares trabajan en la misión juntos con los

religiosos. En ocasiones asumen nuevas misiones totalmente por cuenta propia, teniendo a los religiosos como punto de apoyo y de asesoramiento. Así, abren nuevos caminos en la misión marianista. Los marianistas laicos está manteniendo muchas obras marianistas tradicionales y creando presencias nuevas en todo el mundo, incluso en nuevos países, como Haití, Guatemala, y la República Checa.

Los miembros de la Administración General hemos visto maravillosos ejemplos de este apostolado laico marianista durante nuestras visitas de este año: un hogar para ancianos organizado, financiado y dirigido por los marianistas laicos de Corea, un centro misionero en las montañas de Perú, un programa de formación laboral en una ciudad costera de Chile, programas para retiros familiares y pastoral juvenil en los Estados Unidos, la animación de un santuario durante el verano en Francia, trabajo con aprendices pobres en Costa de Marfil y con niños de la calle en India, Brasil, Perú y Argentina, un centro de apoyo misionero y de voluntariado en España. Los ejemplos podrían multiplicarse.

Si es así como van a desarrollarse en el futuro la espiritualidad y la misión marianistas, puede que en algún momento tengamos que considerar nuevas estructuras canónicas. Estas nuevas estructuras ya están evolucionando en otras familias espirituales de la Iglesia, donde frecuentemente el laicado, los religiosos y el clero se unen en asociaciones permanentes con una espiritualidad característica y con una misión común. La naturaleza de estas estructuras aún no está clara.

Algunas son simplemente asociaciones de laicos que trabajan bajo la dirección de un instituto religioso. Otras son confederaciones o asociaciones flexibles, estrechamente interconectadas y que crecen con interdependencia, como nuestra Familia Marianista. Otras tienen lazos más estrechos, llegando tan lejos como para constituir una "prelatura personal", una casi-diócesis con derechos y obligaciones canónicas de gran alcance. Puede que pensemos que algunas de las nuevas familias espirituales se caracterizan por una cierta rigidez y un estilo reaccionario, pero esta sensación no debería impedirnos ver que su estructura y su compromiso, con una estrecha interacción de distintos estados de vida, pueden apuntar el camino a seguir en la vida eclesial.

El Padre Chaminade es nuestro ejemplo de creatividad para promover nuevos estilos de vida y de misión cristiana y para encontrar estructuras eclesiales apropiadas que los sustenten.

Las cuatro ramas clásicas de nuestra Familia – los religiosos, las religiosas, el instituto secular, y las comunidades laicas – ya tienen estatus eclesial oficial. Sus representantes se reúnen para reflexionar y para planificar a nivel mundial y en los consejos nacionales que existen en más de una docena de países. Quizá en el futuro necesitemos considerar la posibilidad de una dirección colectiva más fuerte, que sea capaz de aunar los grupos de las distintas ramas de la Familia para profundizar nuestra espiritualidad común, para trabajar juntos, para apoyarnos en nuestro crecimiento y para enviarnos en misión precisamente como una Familia.

Naturalmente, esto ha de ocurrir con pleno respeto por la autonomía de cada rama, de acuerdo con el principio de "unión sin confusión". Y, naturalmente, deseáramos que las acciones colectivas de la Familia Marianista se caracterizaran por el estilo mariano arriba descrito, poniendo énfasis en la escucha, el diálogo y la reflexión, en el respeto por el ritmo de crecimiento de cada persona, y en la solidaridad con los pobres y los indefensos.

El papel de los religiosos

Cualesquiera que sean las futuras estructuras que desarrollemos como Familia, y cualquiera que sea la proporción relativa de religiosos y de laicos marianistas, el papel de los religiosos seguirá siendo esencial dentro de la Familia más amplia. Este papel se ilustra mediante la historia de nuestros orígenes, en donde un activo grupo de laicos lentamente dio origen en su núcleo a dos comunidades religiosas.

Hoy estamos pasando de un tiempo en el que sólo se consideraba que eran marianistas plenos los religiosos y las religiosas, a otro en el que los religiosos y las religiosas son una minoría. Pero siguen siendo un factor esencial para la animación y para la vitalidad de la familia: colectivamente constituyen “el hombre que nunca muere” que sostiene y anima la continua vitalidad de la Familia en su totalidad.

He aquí algunos de los papeles dentro de la vida espiritual y de la misión de nuestra Familia en los que me parece que nosotros los religiosos podríamos aportar un don especial:

- *Siendo capaces de desplazarnos, manteniendo la disponibilidad para la misión:* “Haced lo que Él os diga” es un lema para todos los miembros de nuestra Familia Marianista. Por nuestros votos de pobreza, castidad y obediencia, nosotros los religiosos deberíamos estar especialmente disponibles para ir allí donde se nos necesite. La disponibilidad para la misión debería ser una de nuestras marcas distintivas. Los marianistas laicos, como todos los laicos, siguen estando característicamente unidos por lazos familiares y profesionales, por realidades económicas y sociales, y unidos a lugares y a papeles particulares de servicio. Este mayor arraigo en el espacio y en la sociedad es su fortaleza y su don característico al servicio de la misión. (Sin embargo, algunos de ellos nos dan un rico ejemplo de desapego de su entorno y de apertura a nuevos horizontes en la misión. Estoy pensando en marianistas laicos que se han desplazado a áreas nuevas, permanentemente o por períodos de tiempo limitado, como voluntarios, frecuentemente entre los pobres, por el bien de nuestra misión).
- *Innovando, probando nuevas iniciativas en el ministerio:* La creatividad requiere una cierta libertad. Nuestros votos, nuestra libertad de lazos familiares, y la puesta en común de nuestros recursos hace que para nosotros los religiosos sea posible estar presentes en las fronteras, desarrollar nuevas formas de servicio, contactar con nuevos grupos de personas.
- *Dedicando tiempo y energía al estudio en profundidad y a la reflexión teológica sobre el carisma:* Pocos laicos tienen el tiempo, la formación y el apoyo económico para convertirse en especialistas en la investigación, el estudio y la enseñanza de nuestra espiritualidad y doctrina características. Se me ocurren algunas excepciones, laicos que son verdaderos especialistas en nuestro carisma. Pero, sigue siendo cierto que nosotros los religiosos normalmente estamos más libres para consagrar nuestras vidas a estas tareas, que son esenciales para la profundidad y el bienestar de la Familia en su conjunto.
- *Desarrollando una vida de oración y de contemplación:* La vida laica frecuentemente limita el acceso al tiempo y al ambiente que promueven una vida profunda de oración

y de contemplación. Muchos de nosotros entramos en la vida religiosa precisamente buscando buenas condiciones para profundizar en nuestra vida espiritual. Como verdaderos contemplativos e intercesores, siguiendo el estilo de María, podemos convertirnos en una fuente de fortaleza para toda la Familia, compartiendo con los restantes miembros nuestra experiencia particular de oración y de contemplación, al igual que ellos hacen con nosotros.

- *Amando con un corazón no dividido:* El voto de castidad, vivido con sinceridad, nos predispone a invertir nuestras energías libremente, a tender la mano a muchos grupos de personas sin aferrarnos a ellos, a ser libres para permitir que muchos alcancen con nosotros un inusual nivel de intimidad espiritualidad.
- *Acompañando y sirviendo como asesores para las comunidades laicas:* El compromiso de por vida de los religiosos y el estar centrados en un carisma que da forma incluso a los pequeños detalles de la existencia diaria los hace particularmente adecuados para el papel de asesores y de guías espirituales de las comunidades cristianas laicas. A medida que las Comunidades Laicas Marianistas van multiplicándose, igualmente vemos cómo muchos marianistas seculares experimentados pueden también servir para desempeñar este importante papel. Pero creo que este papel siempre seguirá siendo un punto fuerte característico de los religiosos.
- *Predicando y prestando dirección espiritual:* Estos papeles, que corresponden típicamente, aunque no exclusivamente, a los sacerdotes, requieren un nivel de estudio y de formación que los laicos no pueden alcanzar fácilmente.

Esta visión del papel de los religiosos en nuestra Familia Marianista del futuro tiene implicaciones de gran alcance en nuestra formación inicial y continua, y también en el desarrollo de nuestros ministerios como religiosos. Vamos a necesitar desarrollar con más claridad que nunca aquello que nos es específico. Tampoco queremos excluir ningún tipo de papel profesional para los religiosos, puesto que una dimensión clave de nuestra vocación es la integración de la fe con una cultura variada y diversa. Pero vamos a necesitar convertirnos, más que nunca en el pasado, en testigos y en “expertos” (en el sentido más estricto: personas de una gran experiencia) en la vida comunitaria y en la oración, y en innovadores creativos en la misión.

Ciertamente no somos superhombres, y tenemos que reconocer una y otra vez nuestras imperfecciones y nuestros límites. Quizá no haya nada que podamos hacer nosotros solos, nada en lo que en ocasiones no nos sintamos superados por la dedicación de los marianistas seculares. Ellos tienen mucho que enseñarnos, en todos los campos. Pero el enfoque de nuestro esfuerzo como religiosos y el peso de nuestra contribución característica parecen claros.

Este punto de vista también subraya la importancia de la pastoral vocacional en todos los países y culturas. Todos los cristianos tienen una vocación a la que responder con el don de su vida a la bondad de Dios. La pertenencia a la Familia Marianista es una respuesta a una vocación, no simplemente la elección de cierto estilo de vida. Los marianistas seculares y religiosos han de trabajar juntos para promover una respuesta generosa a la llamada de Dios entre los jóvenes. En lo que respecta a la respuesta de la vida religiosa, ya vivamos en situaciones en las que abunden las vocaciones o en las que sean escasas, el papel de los

religiosos sigue siendo esencial para nuestro bienestar como familia. En particular, es importante que los miembros de las Comunidades Laicas Marianistas desempeñen un papel activo junto a nosotros en la promoción de las vocaciones religiosas.

Conclusión

Las Escrituras nos apremian a “dar un motivo a la esperanza que hay en nosotros”. Experimentando una gran variedad de circunstancias históricas en el mundo de hoy, nosotros los marianistas religiosos estamos llamados a dar testimonio de nuestra esperanza mediante una profunda vida espiritual y mediante un dinamismo misionero creativo, expresando en nuestras vidas algo del amor del Padre por los hombres y por las mujeres de nuestro mundo, trabajando al servicio del Reino. Estamos comenzando a ver los frutos derivados del compartir los bienes espirituales y los esfuerzos misioneros con personas de todos los estados de vida, y esta experiencia nos refuerza en la esperanza.

Me gustaría concluir con una bendición para los marianistas de nuestro tiempo:

¡Que el Señor, que nos ha llamado a vivir este momento privilegiado de la historia, nos muestre los siguientes pasos a dar!

¡Que María, la Madre y Discípula cuya misión compartimos, nos forme a imagen y semejanza de su Hijo!

¡Que el Padre Chaminade, cuyo carisma nos ha sido especialmente confiado, camine junto a nosotros por el sendero de la fidelidad creativa!

Fraternalmente,

David Joseph Fleming, S.M.
Superior General